

LA CARRERA DE LAS ARMAS NUCLEARES, SUS CAUSAS Y SOLUCIONES*

VICTOR F. WEISSKOPF

LAS SUPERPOTENCIAS están ahora a punto de colisión. En acelerada carrera, se instalan más cabezas nucleares, se perfeccionan misiles, se inventan nuevas armas, es más precaria la seguridad personal y mundial. Las posibles consecuencias de una contienda militar son más terribles cada vez que se añade un surco nuevo a la espiral armamentista. Con el perfeccionamiento técnico, cada antagonista tiene más dificultades para comprobar el despliegue de nuevas armas cuando hay acuerdos de control. Al aumentar el material bélico, aumenta también la probabilidad de que se desate —intencionalmente o por error— una guerra nuclear.

Para entender cuán irracional es la situación, supongamos que todas las bombas detonadas en la Segunda Guerra Mundial componen una unidad que denominaremos SGM. Esta unidad equivale a tres millones de toneladas de TNT, es decir, las bombas de tipo común que cayeron en Hamburgo, Berlín, Leningrado, Varsovia, Londres, Tokio, Coventry y otras ciudades, más las bombas atómicas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki. El poder nuclear en la actualidad equivale a más de 6 000 de esas unidades, es decir, a 18 mil millones de toneladas de TNT. Cada submarino *polaris* almacena tres SGM, cantidad suficiente para destruir más de doscientas grandes ciudades de la Unión Soviética. Un solo submarino *trident* moderno transporta ocho SGM, carga que puede destruir todas las grandes ciudades del hemisferio norte. En la actualidad, los submarinos de Estados Unidos transportan alrededor de cuatrocientas SGM; hay muchas más en los misiles de tierra firme y en los bombarderos. Sólo unas cuantas unidades pueden destruir todas las ciudades grandes y medianas del mundo. No hay lógica alguna en desplegar 6 000 unidades SGM. Es un caso peligroso de demencia colectiva que tiene atrapada a la humanidad.

Las conversaciones entre las superpotencias para moderar esta situación absurda son extrañas y quijotescas. Hace poco tiempo tuvieron lugar negociaciones sobre misiles intermedios localizados en Europa; se discutió en ellas cierto número de misiles que representa un porcentaje mínimo del verdadero poder

* Este trabajo se presentó en el seminario Pugwash sobre negociación nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que tuvo lugar en Ginebra del 14 al 16 de diciembre de 1984. Traducción de Martha Elena Venier.

nuclear. En lo militar, ¿qué importa si una de las partes tiene unos cuantos misiles de más o de menos de uno u otro tipo?

Hubo progresos en el pasado, sin duda; la prohibición de las pruebas nucleares de superficie, por ejemplo, las restricciones impuestas por el tratado SALT I y la adhesión no ratificada al SALT II, que incluía el tratado ABM en el que se prohibían algunas medidas contra los misiles balísticos. Este tratado es útil, porque a cualquier esfuerzo para proteger un lugar con implantación de misiles, podría responder la parte contraria con aumento de dispositivos. Ninguno de esos tratados fue capaz de detener o invertir la escalada nuclear, o evitar que las armas sean más exactas y eficaces.

¿Por qué es imposible detener o invertir la carrera nuclear? Es claro para todos, sin duda, que una pequeña cantidad de esas armas sumergiría a la humanidad en una catástrofe para la que no existe punto de comparación: destruiría las bases de nuestra civilización, y por largo tiempo sería imposible recuperar algo que tuviera visos de civilización. Los comentarios sobre el "invierno nuclear" añaden nuevos, aterradores elementos a los efectos catastróficos, y advierten que existe una serie de graves consecuencias que aún desconocemos. Entonces, ¿a qué se debe ese constante y diario aumento de la posibilidad de una catástrofe y sus dimensiones? Es de creer que la amenaza nuclear impidió durante cuarenta años que estallara la guerra entre las superpotencias. Pero, ¿por qué ha de aumentarse constantemente un factor que, en la actualidad, es cincuenta veces más grande de lo que sería necesario para acabar con la parte contraria? ¿Por qué pueblos y gobiernos no actúan con cordura en este punto esencial y reconocen el tremendo riesgo que significa la escalada actual? Sólo entonces se conseguirá mutua contención.

La causa es el miedo. Hay muchos temores. Se teme, por ejemplo, que quien ataque primero inutilizará la mayor parte de los misiles antes que haya oportunidad de contraatacar. Temor absolutamente irracional, porque Estados Unidos tiene más de la mitad y la Unión Soviética un cuarto de sus misiles estratégicos en los submarinos, que no pueden destruirse con el primer ataque porque no hay, hasta ahora, forma de localizarlos cuando están sumergidos (recordemos la enorme capacidad destructiva de un solo submarino). Pasará mucho tiempo para que sea posible detectar, perseguir y destruir todos los submarinos en la profundidad. En unas cuantas décadas quizá. Como siempre, tratándose de un perfeccionamiento técnico futuro, no tiene sentido tomarlo en cuenta hoy. Si en los próximos decenios no se reduce drásticamente la amenaza de una guerra nuclear, no habrá oportunidad de usar ese sustancial avance tecnológico.

Cada parte teme, también, ser más débil que la otra. A mediados de los años setenta, Estados Unidos tenía más armas nucleares que la Unión Soviética, aunque las reservas de ésta eran suficientes para destruir a aquél en represalia. Desde entonces, los soviéticos —por medio de un gran esfuerzo productivo— han conseguido casi igualar a Estados Unidos. Esta circunstancia afectó en lo psicológico severamente a este país, que, no recuperado aún del golpe, ve aumentar su inseguridad. Es de recordar que el conflicto de los

misiles en 1962 se solucionó pacíficamente sólo porque Estados Unidos tenía entonces mayor poder nuclear.

La actual igualdad —o casi igualdad— de fuerzas alienta el constante aumento de armas, porque cada bando tiene dificultades para calcular la eficacia y exactitud de las cabezas nucleares desplegadas por el otro; es difícil hacer ese cálculo en lo que concierne a la Unión Soviética, a causa de las extremas precauciones que toma este país. Cada uno se siente obligado a suponer lo peor, y procura estar a la altura de sus pronósticos más pesimistas. Esa es una de las primeras causas de la carrera armamentista, aun cuando es notorio que cualquier diferencia en las cantidades, por muy real que sea, no tiene la menor importancia en razón de la enorme capacidad mortífera de las armas que cada lado posee.

Se teme también que uno u otro haya sacado gran ventaja en cierto tipo de armas. Así, por ejemplo, la Unión Soviética tiene más cantidad de misiles en tierra, con mayor capacidad explosiva. En consecuencia, Estados Unidos piensa que debe superar esa deficiencia añadiendo misiles MX. La Unión Soviética tiene menos misiles en los submarinos y cree, por lo tanto, que debe construir más de esos transportes. Éstos son sólo dos ejemplos de las diferencias en las estrategias que exacerba el aumento de armas, de modo que éste continúa sin sentido y propósito, ya que ambos países tienen armas suficientes para desalentar cualquier ataque.

La carrera armamentista tiene rasgos cualitativos y cuantitativos. Se refieren los primeros al perfeccionamiento de las cabezas nucleares y del sistema de lanzamiento, a la exactitud para apuntar al blanco y a la planeación e introducción de nuevas armas o sistemas de defensa (misiles crucero, defensa espacial). La segunda es, simplemente, el despliegue de más y más armamento. Predomina en Estados Unidos el rasgo cualitativo, en la Unión Soviética el cuantitativo. Sin duda, Estados Unidos posee tecnología más avanzada para adelantar en lo cualitativo. Pero es inútil hacerse ilusiones, porque la Unión Soviética puede duplicar, en pocos años, y a pesar del más estricto secreto, cualquier innovación técnica. Incluso el refinamiento de armas conseguido por Estados Unidos se volvió en su contra en pocos años. Se crearon en Estados Unidos cabezas múltiples e independientes (MIRV) para los misiles; poco después hizo lo mismo la Unión Soviética y, en consecuencia, la situación es más precaria para ambos. Estos misiles incitan a coquetear con el primer ataque, porque el proyectil con una cabeza no puede destruir uno con varias. Estados Unidos aumentó de tal manera la exactitud de sus cabezas nucleares, que éstas pueden alcanzar un blanco dentro de un radio de cien metros (al parecer, la Unión Soviética consiguió ya lo mismo). Nadie se engañe y piense que el aumento del presupuesto bélico es una ventaja para Estados Unidos porque está en condiciones de hacerlo; la Unión Soviética puede disminuir los niveles de vida de su pueblo mucho más que Estados Unidos.

Quizá sea más difícil para los soviéticos conseguir los adelantos obtenidos por Estados Unidos, porque su tecnología no es tan avanzada (a menudo han tenido que substituir calidad con cantidad y tamaño). DeLauer, jefe científico

del Pentágono, afirma que los estadounidenses aventajan a los soviéticos en casi toda la tecnología básica útil para el ejército: sensores, óptica, ciencias biológicas, materiales, microelectrónica, propulsión, radar, robots, identificación y procesamiento de señales, guía, navegación, manufactura y telecomunicaciones. Dice también DeLauer que el sistema armado de Estados Unidos es superior al soviético, y opina que, en ese aspecto, la distancia entre los dos países se agranda, no se estrecha.

Así pues, algunos estadounidenses sueñan obtener superioridad militar con el adelanto tecnológico que la Unión Soviética no puede emular. Se supone que mientras más poderoso sea Estados Unidos más seguro estará, sueño ilusorio y peligroso cuyas raíces se remontan a la época pre-nuclear. Ahora bien, ¿qué significa la superioridad, si el oponente tiene la misma capacidad de destrucción? Algún valor militar habría si una de las partes tuviera una defensa tan impenetrable como para protegerse contra cualquier ataque o pudiera destruir todos los misiles nucleares, inclusive los submarinos, en el primer intento. Nada de esto será técnicamente posible en los decenios por venir, y quizá nunca sea posible. Una vez más, encontramos la falacia de apoyar políticas basadas en ventajas técnicas que con el tiempo serán de dudoso valor, y harán más difícil la sobrevivencia en ese lapso. Si se llegara a intuir que Estados Unidos puede alcanzar superioridad en la ofensiva o defensiva, aun cuando no sea ésa la realidad, aumentará el peligro de una guerra nuclear. Creerán los soviéticos que están entre la espada y la pared, que serán objeto de chantaje en el futuro, y llegarán hasta las últimas consecuencias para impedir esa probable superioridad. En esas condiciones, no podemos confiar en que se hagan planes racionales. Los soviéticos actuaron irracionalmente en la crisis de los misiles cubanos, aun cuando sabían que Estados Unidos tenía más poder. Los gobiernos han actuado de manera irracional en el pasado, sobre todo ante el terror de verse forzados a dejar el poder. Pueden, en consecuencia, usar la fuerza para impedir que Estados Unidos alcance superioridad absoluta, aun antes que ésta se logre totalmente, y precipitar la catástrofe que la superioridad debió evitar. No olvidemos que lo importante es cómo se percibe el intento, no el intento real. Por eso es indispensable conseguir, por un lado, el equilibrio nuclear entre soviéticos y estadounidenses, y, por otro, alentar en ambos la seguridad de que ese equilibrio existe y puede conservarse. La tarca es dura porque los dos gobiernos no valúan de igual manera diversos sistemas de armamento, cuyas condiciones será necesario comparar. Deberían estudiarse profundamente estos problemas en lo interno, en conversaciones bilaterales y con los aliados de ambos países, porque éstos desempeñan papeles importantes: son víctimas inermes en la escalada defensiva y zonas de lanzamiento en la ofensiva.

La agresividad del enemigo —real o imaginaria— es otra razón para temer. Ambos lados creen que el contrario es agresivo, y, a la vez, cada uno por su lado opina que actúa sólo en defensa propia. La situación es muy inestable. Si se entiende mal la actitud del oponente, si una actitud defensiva se interpreta a la inversa, se agravará la crisis y aumentará el conflicto que, qui-

zá, provocará la guerra. Situaciones como éstas tienen su origen en la falta de comprensión de las razones que tiene cada superpotencia, y en la enorme desconfianza que se tienen. Las diferencias de sus sistemas políticos es el obstáculo más grande para que lleguen a entenderse. Estados Unidos teme de la Unión Soviética su régimen autoritario, su idea de comunismo mundial, la falta de elementales derechos humanos, el trato que da a las minorías y la supresión de libertades en sus satélites. De Estados Unidos temen los soviéticos —no sólo el círculo de líderes— el capitalismo de libre empresa, el anticomunismo virulento, el movimiento en pro de los derechos humanos, la simpatía que muestran por las víctimas de la opresión comunista, y, ahora, el rumor de que quieren liberar al mundo de los males del comunismo.

Muchos queremos que en breve tiempo quede abolido el régimen autoritario de los soviéticos con todas sus deplorables características, pero en estas épocas no se puede eliminar con la fuerza un régimen reprobable. La última oportunidad fue la Segunda Guerra Mundial, cuando sólo Estados Unidos tenía la bomba atómica. Las armas nucleares han cambiado el significado de la guerra, que entre los poderes con fuerza nuclear no tiene ya sentido. La única esperanza de cambio en un régimen represivo es que transforme su ideología y que tienda, gradualmente, a políticas con más cordura, lo que sólo puede ocurrir si cesan las amenazas de uno hacia otro y dejan de interpretar sus actitudes de la peor manera.

Para entender algo a la Unión Soviética, consideremos las circunstancias difíciles en las que nos encontramos. Hay cuatro grandes grupos de poder: Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, Unión Soviética y China. Tres de ellos tienen en la Unión Soviética un enemigo en potencia. Uno de ellos tiene cuatro: los tres restantes y la población de sus “aliados” en Europa Oriental. Razón, entre otras, para que haya tanta fuerza militar de tipo convencional en la Unión Soviética, es su temor a las revueltas en Europa del Este. Dejando de lado la amenaza que significan los centros de control y las bases de la OTAN, la enorme cantidad de misiles SS20 sirve también para disuadir cualquier intento por apoyar revueltas o incipientes gobiernos antisoviéticos. El bloque occidental nunca ha intervenido, pero esto no es suficiente para calmar el temor de que intervenga en el futuro, sobre todo si algún gobierno provisional pide ayuda.

La Unión Soviética está rodeada, además, por fuerzas cuyas bases militares tienen armas que le apuntan directamente: la OTAN en el oeste, desde Noruega hasta Turquía, Arabia Saudita y Paquistán, China al sur y Japón al este. Estados Unidos está “rodeado” por Cuba y Nicaragua. En los últimos decenios, la Unión Soviética ha perdido varios aliados y amigos: China, Egipto, Indonesia. Estados Unidos ha perdido algunos países de menor importancia que han entrado en la órbita soviética: Indochina (menos Tailandia), Yemen del Sur, Cuba y Nicaragua. La cruenta guerra de Afganistán es, sin duda, muestra de la agresividad soviética, pero la guerra de Vietman y la intervención de Estados Unidos en Nicaragua pueden verse también como agresión, aunque esas intervenciones estuvieron malaconsejadas por el temor a la ex-

pansión de la Unión Soviética. No es fácil distinguir entre agresión real y actitud agresiva. Cada acto político y militar puede entenderse desde afuera como agresivo o defensivo. Por eso el enfrentamiento de las superpotencias en la actualidad es tan peligroso; acumula antagonismo que puede explotar en reacción militar durante una crisis política, a pesar de que, como es obvio, un conflicto militar desembocará en una guerra nuclear, es decir en el suicidio. Estados Unidos y la Unión Soviética no son, en realidad, enemigos; tienen un enemigo común: la guerra nuclear.

¿Qué puede hacerse para detener la carrera armamentista, para disminuir la gigantesca provisión de armas nucleares y reducir el peligro de un conflicto bélico entre las superpotencias? Cinco principios serán base de nuestra reflexión: 1) no hay causa que justifique jamás usar armas nucleares; 2) en este momento y en el futuro próximo, ninguno puede destruir al otro sin que sea destruido a su vez; 3) los explosivos nucleares *no son* armas para la guerra: su único propósito es desalentar al oponente de que las use y la magnitud del despliegue actual es más que suficiente para cumplir con ese propósito; 4) seguirá la escalada armamentista mientras domine a cada superpotencia el pánico de que el otro aproveche cualquier oportunidad para dominarlo o destruirlo (temor irracional, en virtud de lo dicho en el punto dos); 5) en esta atmósfera de terror, desconfianza y agresión, es difícil que se acepten medidas para detener el armamentismo y disminuir el número de armas nucleares. Sólo es posible conseguir mayor control que el especificado en los tratados existentes si las superpotencias admiten serio interés común en la reducción de armas nucleares. Se trata, pues, de saber qué es primero: un cambio de actitud o una reducción drástica de armas.

A base de los puntos ennumerados arriba, podemos concluir que el peligro se halla en el temor por las intenciones del otro. Buen ejemplo es el siguiente: Francia es un país diferente de Estados Unidos por su sistema social y su cultura, y tiene suficientes armas nucleares para destruirlo, pero nadie en Estados Unidos se preocupará por eso.

El problema mayor es cómo disminuir el temor. En otros tiempos, convenía a una nación poderosa infundir temor en el enemigo para obtener ventajas políticas. En las circunstancias actuales, infundir temor es argumento contrario a los intereses de las dos naciones, porque sólo se consigue acelerar la carrera armamentista y acrecentar el riesgo de actuar irracionalmente. La diferencia en este caso es que, sin lugar a dudas, si hubiera guerra, el más débil podría dañar irremediablemente al más poderoso.

Las cabezas nucleares son hechos concretos, no así el temor, que se origina en la interpretación acertada o errónea de las afirmaciones y acciones del lado contrario. De nada sirve esgrimir el argumento de que la reacción occidental ha sido siempre defensiva y que, dadas las circunstancias actuales, jamás comenzará la guerra contra la Unión Soviética. Desde cualquier punto de vista, y racionalmente, ninguna nación comenzaría la guerra o iniciaría un ataque. La guerra significa el holocausto, y, por razones diversas —los submarinos entre otras—, es técnicamente imposible lanzar el primer ataque con

éxito. Pero la política no es siempre racional.

Hay recursos para amenguar el temor y la desconfianza. El paso indispensable, y el primero, es tener conciencia del problema. Toda afirmación, toda acción gubernamental, debe analizarse teniendo en cuenta cómo la entenderá el contrario. ¿Disminuirá o aumentará el temor y la desconfianza? Si los aumenta, la medida no es adecuada. Hay una serie de ejemplos obvios. Sin duda, el despliegue de misiles SS18 y MX se considera un paso más hacia la posibilidad de atacar primero. La pequeña ventaja militar que se obtiene con la implantación de misiles *Pershing* en Europa debe compararse con el temor que provocan. Lo mismo puede decirse de la Unión Soviética a propósito de sus misiles SS20 que apuntan a Europa, o de la gran cantidad de proyectiles terrestres cuya intención, se cree, es preparar el primer ataque, a pesar de su inutilidad, porque debe tenerse en cuenta los submarinos estadounidenses.

No será fácil disminuir el temor y la desconfianza, pero es nuestra única esperanza. La enemistad actual debe cambiar a una actitud de mutuo entendimiento. ¿Cómo puede lograrse? He aquí una serie de medidas militares y civiles, a las que siguen comentarios pertinentes. Las militares son de tres tipos: acciones independientes (unilaterales), declaración de políticas y negociación de tratados.

Acciones independientes: 1) reducir los misiles hasta cierto punto y esperar la reacción de la otra parte; 2) reducir y eliminar los misiles con cabezas múltiples y conservar los simples; 3) reorganizar las fuerzas militares convencionales de Europa Occidental para que, en efecto, sirvan como defensa contra la agresión.

Declarar: 1) que “no se usarán primero” armas nucleares; 2) que no hay intención de anular o enemistar con la superpotencia correspondiente a sus aliados reales o putativos.

Negociar: 1) reducción de armas nucleares; 2) ampliación de prohibición de pruebas nucleares; 3) prohibición del ASAT y de armas en el espacio; 4) delimitación de una zona libre de armas nucleares en Europa; 5) abolición de armas nucleares tácticas.

Las acciones independientes pueden llevarse a cabo sin poner en peligro la posición relativa del lado que tome esas decisiones. Reducir diez o veinte por ciento o más los misiles no disminuiría la capacidad de responder a una agresión, pero sería positivo para lograr un ambiente menos tenso, en especial si se quitan las armas destinadas a dar el primer golpe. Esta idea es similar a la que propone reducir el número de misiles reemplazando dos proyectiles antiguos con uno moderno. Pero esa disminución implica también aumentar el poder de los misiles, lo que no sucedería con una reducción común que contribuiría a obtener mayor equilibrio, ya que no podría verse sino como amenaza menor. La comisión Scowcroft admitió que quitar los misiles de cabeza múltiple puede servir para equilibrar la situación. Cualquier superpotencia puede hacerlo sin debilitar su posición, y, de cualquier forma, aumentaría su poder sin amenazar a su oponente.

El reforzamiento de la defensa convencional en Europa evitaría el uso de

armas nucleares como elemento de disuasión contra ataques de tipo convencional. Este método es peligroso y no muy eficaz, porque alguno puede lanzar un ataque con armas convencionales partiendo del supuesto de que no habría un contraataque nuclear suicida. Las armas nucleares desalientan sólo los ataques nucleares. El perfeccionamiento de fuerzas convencionales serviría sólo para evitar que fuerzas del Este penetraran en territorio occidental. Las fuerzas occidentales deberían ser capaces de evitar un ataque triunfal del Este, pero no es necesario que sean capaces de “reaccionar en profundidad”, es decir, de atacar las regiones del Este. Esto es importante, porque la Unión Soviética teme que un ataque occidental con fuerza militar convencional apoye revoluciones en sus satélites de Europa oriental, y porque el perfeccionamiento de sus armas, que permitan a las fuerzas de la OTAN penetrar en el Este, puede incitar a la Unión Soviética a aumentar sus armas convencionales, lo que, a la vez, aumentaría la amenaza de una invasión soviética.

Llegamos, ahora, a las declaraciones. Anunciar que “no se usarán primero” [las armas nucleares] es una afirmación casi obvia, porque sería casi un suicidio, y ningún gobierno en su sano juicio daría jamás ese paso. Pero una declaración como ésa tendría un gran efecto moral y ético, porque indicaría claramente que las armas nucleares se consideran sólo un elemento de disuasión. Hay críticas a esta declaración porque —se dice— pierde efecto la disuasión nuclear actual, cuya función es evitar un ataque de fuerzas militares convencionales contra Europa occidental. Es por ello que esta declaración debe estar vinculada con el perfeccionamiento —que mencioné arriba— de la eficacia defensiva de las fuerzas convencionales de la OTAN.

Una declaración que no interfiera con los regímenes aliados de una superpotencia puede ser difícil en las actuales circunstancias políticas. Sería una especie de manifestación con la que Occidente se compromete a jamás ayudar a los movimientos antisoviéticos en Europa Oriental y que no apoyará fuerzas antiizquierdistas como las de Nicaragua. Pero implica también que la Unión Soviética se comprometa a jamás atacar Europa Occidental y jamás apoyar movimientos de izquierda o —como les llaman— “guerras de liberación” en cualquier parte del mundo. Puede parecer irracional, pero el temor por tales acciones es la principal fuente de desconfianza entre la Unión Soviética y Estados Unidos. En situaciones como éstas, los gobiernos deberían tener en cuenta los efectos nocivos del muto temor y la mutua desconfianza.

Veamos ahora las negociaciones. La situación no es muy alentadora. La nueva iniciativa de defensa estratégica (IDE) del gobierno de Estados Unidos, que a veces se denomina “guerra de las galaxias”, es un gran obstáculo. Con este proyecto se buscan recursos técnicos más complejos para proteger las instalaciones militares y las ciudades contra un ataque nuclear. La mayoría de los expertos opina que son inútiles esos esfuerzos, o que, si dan resultado, serán causa de que aumente la escalada nuclear, porque la Unión Soviética se vería forzada a aumentar su capacidad (o intentarlo por lo menos), para impedir el despliegue de fuerzas.

Si se insiste en el proyecto IDE, deberá abrogarse el tratado ABM, con

el que se consiguió reducir el aumento de armas estratégicas. El IDE es un obstáculo para que se consiga una amplia prohibición de pruebas nucleares, las subterráneas incluso, porque una de las armas que se tiene la intención de probar es un rayo-X laser impulsado por una explosión nuclear. La situación es más lamentable aún, porque una prohibición amplia de pruebas nucleares puede comprobarse fácilmente, y es una barrera sólida contra el perfeccionamiento y proliferación de esas armas.

El IDE es también un obstáculo para que se complete un tratado que prohíba el perfeccionamiento y la prueba de proyectiles para destruir satélites (ASAT), porque armas similares pueden usarse para destruir misiles en vuelo. La situación es lamentable porque los satélites son el medio más importante para saber cuáles son los movimientos y **preparativos** militares que se hacen en los dos lados. Si se destruyen durante una crisis, ambos oponentes no podrán hacer otra cosa que adivinar, y supondrán lo peor. La seguridad de los satélites proporciona estabilidad porque son un recurso valioso en cualquier acuerdo sobre control de armas. La prueba de sistemas antisatélites puede verificarse fácilmente, y no puede usarse ningún sistema que no se haya probado. El sistema (ASAT) que usa la Unión Soviética en la actualidad es muy torpe y no alcanza los satélites más importantes a grandes alturas. El aumento en la capacidad de los dispositivos antisatélites es más peligroso para Estados Unidos, porque su sistema es muy desarrollado. Estos son dos buenos ejemplos de que el proyecto de estrategia defensiva es contraproducente para un control efectivo de armas, a más de que es un proyecto muy cuestionable desde el punto de vista técnico y político. ¿Qué sentido tiene poner en peligro los pasos que ya se han dado para mejorar la situación por obtener ventajas futuras de dudoso valor?

La Unión Soviética ha declarado que está dispuesta a discutir un tratado anti-ASAT y una prohibición de pruebas amplias. Sería francamente lamentable que se perdiera la oportunidad de conseguir tratados útiles. Las propuestas que haga uno no deben, por fuerza, considerarse desfavorables para el otro, ni el control de armas es un juego en el que el triunfo de uno signifique la derrota del otro. Estados Unidos y la Unión Soviética comparten el interés de reducir el peligro de una guerra nuclear.

Una zona sin armas nucleares en Europa no será realidad mientras se considere esencial la amenaza del primer ataque. Podrá lograrse sólo cuando haya un cambio de política en la OTAN: que la defensa convencional substituya a la estrategia del primer ataque. Hay posibilidad de que se negocie retirar las armas nucleares tácticas de Europa. Estados Unidos las ha reducido; quizá sea evidente para ambos que, si hay conflicto, pueden verse tentados a usar esas armas antes de que caigan en manos del enemigo. Las armas son una protección muy frágil contra una guerra nuclear.

En todas esas cuestiones, la responsabilidad de Europa es muy grande. Ambas superpotencias compiten con saña en lo político y militar. Sus esfuerzos en favor del control de armas y en pro de la cooperación tropiezan con detalles políticos, con cuestiones de prestigio, con los intentos de superar al

contrincante en habilidad y procurar que la culpa caiga sobre el oponente. Pero el futuro de Europa y del mundo no debería depender de los caprichos de las superpotencias, ya decidan negociar o pelear, ceder o no en puntos secundarios, tales como la cantidad de cierto tipo de misiles, que no son importantes si tenemos en cuenta la dimensión del armamento nuclear.

Europa está menos sumergida en la política y en la propaganda. Hasta ahora ha desempeñado el papel de espectador, y ha dejado la iniciativa a las superpotencias. ¿Por qué Europa deja la propuesta, el conteo, las decisiones, a Estados Unidos y la Unión Soviética? Algunos grupos de personalidades europeas influyentes han propuesto tratados y medidas para disminuir tensiones —como la comisión de Olaf Palme, que propuso una zona de Europa libre de dispositivos nucleares—, pero la actitud de los gobiernos ante estos problemas es pasiva, aunque podrían tener satélites de observación, centros de evaluación independientes de las superpotencias, y estarían así menos sujetos a los sesgos políticos. Lamentablemente, la actitud actual de Europa no la motiva para desempeñar un papel activo en los asuntos mundiales, aunque pocas veces fue tan necesario.

En lo que hace a medidas civiles para reducir el temor y la desconfianza y conseguir mejor entendimiento entre las potencias, deben establecerse más contactos y oportunidades de colaboración. En vez de evitar las relaciones, como ahora, deberían aumentarse y crearse más relaciones comerciales, que son importantes en momentos de tensión política. Los contactos oficiales y personales de políticos, profesionistas, empresarios, científicos y artistas son valiosos para conocer lo que la gente siente y piensa sobre la parte contraria y evitar malentendidos. No es sencillo para los occidentales comprender una sociedad totalitaria, pero por pequeña que sea la relación es mejor que ninguna. Si más soviéticos visitan occidente, podrán desvanecer algo la propaganda del Este.

El neuropsicólogo John Eccles creó la sigla MESTA de *mutual economic scientific technological advantages*. Hay muchos temas de interés compartido en los que la colaboración ayudaría a un mejor entendimiento, a reducir el temor, la desconfianza y obtener nuevos conocimientos que pueden ser benéficos para la humanidad. Hay diez áreas de cooperación entre Estados Unidos y la Unión Soviética que serían ventajosas para ambas: 1) nuevas fuentes de energía; 2) conservación de los recursos del planeta; 3) problemas de la atmósfera, como el aumento de dióxido de carbono, el deterioro de la capa de ozono y la progresiva destrucción de los bosques; 4) la contaminación de los océanos; 5) problemas que conciernen a nuestro planeta: la forma de prever los terremotos, exploraciones polares, maneras de predecir las condiciones del tiempo y de las cosechas; 6) nuevos recursos para distribuir alimentos y evitar las hambrunas; 7) problemas de salud, epidemias y control natal; 8) uso del espacio para la comunicación y la industrialización; 9) colaboración en grandes empresas científicas, tales como aceleradores de partículas y exploraciones planetarias; 10) ayuda al Tercer Mundo.

Muchos son los obstáculos para que haya colaboración. Sin duda, el punto diez de mi lista está saturado de política, puesto que ambas potencias pro-

curan obtener ventajas con su apoyo al Tercer Mundo.

Es de lamentar que experiencias en ese tipo de colaboración no hayan sido positivas, incluso en cuestiones menores. Pero hay casos de colaboración que han tenido éxito a pesar de las tensiones políticas: investigaciones sobre la fusión de energía y el uso de grandes cantidades de antenas para radioastronomía. La cooperación en gran escala —inmune a las variantes políticas— será un proceso lento que requerirá constante esfuerzo y paciencia, pero éste debe ser factor importante en las relaciones de las superpotencias. Los países europeos podrían ser de gran ayuda porque siempre se han inclinado más a la cooperación, especialmente en el comercio.

Uno de los obstáculos para la colaboración ha sido la actitud diversa de las superpotencias hacia los derechos humanos. Con frecuencia, intentos embrionarios de cooperación se interrumpieron a causa de la persecución de individuos o países, y no sólo de la Unión Soviética; algunos proyectos de cooperación se interrumpieron por las protestas soviéticas contra la guerra de Vietnam.

Estamos ante un dilema. Sin duda, los ciudadanos del mundo occidental no pueden ser indiferentes e ignorar las persecuciones y los abusos de la Unión Soviética. Por suerte, los casos son poco frecuentes en occidente desde que terminó la guerra de Vietnam, aunque suceden aún en países que son aliados militares. Pero las violaciones a los derechos humanos no excluyen la cooperación; una ruptura sobre esa base no es aconsejable porque aísla aquellos grupos del pueblo soviético que condenan las violaciones a los derechos civiles. La protesta será más real si se efectúa durante la cooperación. Si un gran número de científicos e ingenieros soviéticos visitan Estados Unidos, algún efecto tendrá en su forma de pensar y en su comportamiento en la Unión Soviética (algunos de ellos tienen influencia en círculos importantes de su país). Dejar sin efecto la cooperación nunca fue gran ayuda para los derechos civiles en la Unión Soviética; al contrario, empeoró la situación. Para conseguir progreso verdadero será necesario un proceso largo y lento. Si persisten los obstáculos y el temor a manifestarse, podrían llegar al poder tecnócratas que dan poca importancia a las ideologías.

La lista de propuestas para reducir las tensiones entre las superpotencias que presenté arriba no es completa. Algunos puntos podrían substituirse, otros pueden ser políticamente impracticables o contraproducentes, pero algunas medidas deben tomarse para que los hechos encuentren curso más estable. Demasiado se arriesga si se desata un conflicto nuclear. Muchos creen que la carrera armamentista no es tan mala, porque más armas en ambos lados son elementos de contención más efectivos, y, por lo tanto, estaremos mejor protegidos del holocausto nuclear. Pero mi análisis demostró que la escalada armamentista es consecuencia de las tensiones que se suman en ambos lados. La carrera misma acrecienta los temores; así pues, nos hallamos en una espiral sin fin que se alimenta de sí misma. Nuestro enemigo es el temor: provoca la desconfianza, equivoca el juicio sobre las intenciones del contrario, inhibe las negociaciones y aumenta las reacciones irracionales. Todo, en momentos

de crisis política, acrecienta el peligro de que se desate la guerra nuclear.

Cualquier esfuerzo será poco para cambiar el enfrentamiento actual, la carrera armamentista, y llegar al razonamiento compartido sobre el terrible peligro que amenaza a las superpotencias y a la humanidad. Será un largo trayecto, y habrá necesidad de realizar un exhaustivo análisis político y militar, entender la psicología del adversario, estar listo para comprometerse, para actuar con sabiduría, nada de lo cual es ahora muy evidente. Debemos conseguir absoluta dedicación (no siempre clara para los líderes actuales) en lo práctico, lo ético y lo moral, para evitar una guerra que no puede, no debe ocurrir. Poco tiempo queda. Si esperamos más, nos será más difícil cambiar el curso de colisión.